

EL UMBRAL DE LA LOCURA: EL CASO DE FRAY AGUSTÍN CLAUDIO

Noemí Quezada

Introducción

Con la Conquista, el catolicismo es impuesto por la Corona española en sus colonias americanas; en base a esta concepción del mundo se norma la vida espiritual, moral y sexual de los súbditos, tanto hispanos como indios y mestizos. Así, esta aparente unidad religiosa, sirvió de apoyo al gobierno político durante los tres siglos de dominación, instalándose el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición como la institución encargada de vigilar y mantener el comportamiento cristiano. La práctica de la religión propicia en los individuos un constante ejercicio para lograr la perfección espiritual que debería, necesariamente, reflejarse en la conducta cotidiana, guardando los preceptos impuestos por las autoridades religiosas, para alcanzar más allá de la muerte, la salvación e inmortalidad del alma.

Los transgresores a las normas establecidas, bien sea que atentarán contra la fe, la moral, la sexualidad o el gobierno,¹ fueron duramente sancionados, sobre todo aquellos que expresaban ideas avanzadas o fuera de contexto, que pudieran trascender y desequilibrar tanto al poder político como al religioso.²

El clero vigilante, detectaba a los herejes aun en sus propios conventos. A los sospechosos se les apresaba y enjuiciaba, se les liberaba o castigaba después de haber pasado por un proceso inquisitorial, penoso la mayor parte de las veces, lleno de acusaciones, confesiones, torturas y declaraciones de los testigos; informacio-

¹ Sobre este punto es interesante ver: Sergio Ortega (ed.), *De la Santidad a la perversión, o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, Editorial Grijalbo, México, 1986, 290 pp.

² Maurice Godelier, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1974: 339 dice: "El papel fundamental de la ideología religiosa en el desarrollo de las formas de conciencia y de lucha política encuentra así su esclarecimiento teórico. Por esta razón, Marx y Engels han insistido tanto en el papel político de las herejías religiosas y en las formas religiosas de la lucha política".

nes que permitían a los jueces calificadores del Santo Oficio dar la sentencia, considerada siempre justa, pues se apoyaba en Dios y se justificaba en bien de la sociedad. Si de religiosos se trataba, éstos fueron más duramente castigados, por ser violadores del orden del cual eran custodios.³

Dentro de las nuevas ideas que despertaron el temor y la represión de la sociedad colonial está la Secta de los Alumbrados, también conocidos como iluminados, quietistas o dejados, molinistas y falsos místicos, siendo perseguidos con el mismo empeño que los protestantes, judíos y mahometanos. Constituyen variantes disidentes del misticismo español que fuera ampliamente aceptado por la Iglesia, aunque algunos de sus representantes estuvieron temporalmente detenidos en las cárceles del Santo Oficio. Aceptaron como principios básicos los conceptos fundamentales del misticismo, en el cual el alma renuncia a sí misma, abandonando las cosas mundanas, y mediante la contemplación de la Divinidad se lograba la perfección espiritual que permitía llegar a la verdad divina, aquella que está más allá del entendimiento; considerando como la mayor virtud el Amor de Dios, cuya satisfacción se obtenía en la unión con el Amado, estableciéndose el contacto y comunicación entre el individuo y Dios por medio del trance místico. Además de estas ideas existían las particulares a cada corriente, los iluminados daban preponderancia a la luz interior, despreciando a la autoridad eclesiástica y la instrucción sacerdotal. Los dejados o quietistas, llamados más tarde molinistas,⁴ sostenían que anulando los sentidos se entregaban a Dios y aseguraban que era totalmente permitido seguir cualquier idea o impulso que surgiera durante el trance. Los falsos místicos manipulaban, según el caso y la personalidad de cada uno, varios de estos conceptos en beneficio exclusivamente personal.

En España, a partir de 1578 se incluye en los *Edictos de Fe* a la Secta de los Alumbrados castigando duramente a sus seguidores. En la Nueva España, la emisión de Edictos en los que se les persigue, fueron emitidos con frecuencia durante el siglo XVII y el XVIII; se pegaban en las puertas de las iglesias para que los fieles

³ Michel Foucault, *Histoire de la Sexualité. La volonté de savoir*, Editions Gallimard, Paris, 1976: 18 menciona que lo prohibido, la censura y la negación, son las formas por las cuales el poder se ejerce de manera general.

⁴ A. S. Turberville, *La Inquisición española*, FCE, México, 1971: 99. Se les llama molinistas por Miguel de Molinos "uno de los más célebres místicos herejes. . . era el Arcipreste del *dejamiento*" conocido como el autor de la *Guía Espiritual*. Permaneció en prisión hasta su muerte en 1696.

⁵ *Ibidem*: 95.

conocieran los detalles y pudieran, en caso de conocer a alguien, hacer la denuncia. Estos decían:

O sabéis, o habéis oído decir que alguna, o algunas personas vivas o difuntas, hayan dicho o afirmado que es buena la Secta de los Alumbrados o Dejados, especialmente, que la Oración mental es precepto divino y que con ella se cumple todo lo demás. Y que la Oración es Sacramento debajo de accidentes. Y que la Oración mental es la que tiene este valor. Y que la Oración vocal importa muy poco. Y que los Siervos de Dios no han de trabajar, ni ocuparse en servicios corporales. Y que no se ha de obedecer a Prelado, ni Padre, ni Superior, en cuanto mandaren cosa que estorbe las horas de Oración mental y contemplación. Y que dicen palabras sintiendo mal del Sacramento del Matrimonio. Y que nadie puede alcanzar el secreto de la virtud, sino fuere discípulo de los maestros que enseñen la dicha mala Doctrina. Y que nadie se puede salvar sin la Oración que hacen y enseñan los dichos maestros, y que no [confesándose] con ellos generalmente. Y que ciertos ardores, temblores y desmayos que padecen son indicios del Amor de Dios y que por ellos se conoce que están en gracia y tienen el Espiritu Santo. Y que los perfectos no tienen necesidad de hacer obras virtuosas. Y que se puede ver, y se ve en esta vida, la Esencia Divina y los Misterios de la Trinidad, cuando llegan a cierto punto de perfección. Y que el Espiritu Santo inmediatamente gobierna a los que así viven. Y que solamente se ha de seguir su movimiento e inspiración interior, para hacer o dejar de hacer cualquier cosa. Y que al tiempo de la elevación del Santísimo Sacramento, por rito y ceremonia necesaria, se han de cerrar los ojos. O que algunas personas hayan dicho, o afirmado, que habiendo llegado a cierto punto de perfección no pueden ver Imágenes Santas, ni oír sermones, ni palabra de Dios u otras cosas de la dicha secta o mala doctrina.⁶

Los expedientes que existen en el archivo del Santo Oficio, incluyen muy variada información sobre lo que en la época se consideraba como alumbrado.⁷ Dentro de ellos aparecen tanto los verdaderamente alumbrados como otros disidentes religiosos y políticos, además de comprender a los insensatos, que en sus alteraciones de comportamiento tenían un esquema alucinatorio místico. Fray Agustín Claudio de Santa Teresa de Jesús,⁸ es precisamente uno de estos últimos. Su caso permite conocer cómo las autoridades trataban el problema de la locura; el desconcierto, el temor y la arbitrariedad con la que actuaban; el recelo y sentimien-

⁶ Archivo General de la Nación, *Ramo de Edictos*, t. II, f. 85.

⁷ Véase para algunos ejemplos: Noemí Quezada, "Alumbrados del siglo XVII: análisis de casos", *XII Mesa Redonda de Antropología*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1972: 581-586.

⁸ Archivo General de la Nación, *Ramo de Inquisición*, México, 1738-1750, t. 867, f. 1-752. "El Señor Inquisidor del Santo Oficio contra Fray Claudio, religioso lego de la Orden de San Hipólito, por alumbrado molinista".

to de culpa que se agolpaba como contradicción existencial, y cuando la explicación racional no llegaba, se justificaba claramente dentro de la ideología existente y se denominaba al enfermo poseso o endemoniado, siendo sujeto al encierro con delincuentes comunes, sin atención médica, y en el caso de religiosos con mayor razón pues se consideraba una vergüenza y desprestigio para el grupo.

Este ejemplo permite asimismo aproximarse a la vida conventual y a las relaciones caracterizadas por un fuerte erotismo, encubierto y mal sublimado, que se establecían entre los guías espirituales y sus hijas. Muestra también, cómo fueron reprimidos estos impulsos por rebasar la pura relación espiritual. Desde luego, que este lego no ignoraba los preceptos iluministas y según las pruebas, su conocimiento era amplio, fue éste el motivo sobresaliente para que los funcionarios del Santo Oficio ejercieran su autoritarismo, como lo hicieron en muchos otros casos.⁹

Las alucinaciones de fray Claudio

Fray Agustín Claudio de Santa Teresa de Jesús, religioso de la Orden de San Hipólito, fue acusado de molinista alumbrado, doctrina que había seguido y enseñado a varias personas, principalmente mujeres. Fue aprehendido y recluido en las cárceles secretas de la Inquisición el 10 de junio de 1739. El inquisidor fiscal solicitó se le dictara prisión formal y se interrogara a las mujeres, con cuyas declaraciones se formarían los autos para enviarlos a los jueces calificadores quienes darían la justa sentencia.

La delación la hizo fray Francisco de la Concepción Balbuena, predicador general, notario y revisor del Santo Oficio, que había sido confesor del acusado dos años antes y a quien fray Agustín nuevamente solicitaba como director espiritual. Por este motivo, le envió una amplia confesión escrita que asustó a fray Francisco, quien temeroso de verse involucrado con este confuso individuo decide denunciarlo, expresando que lo hacía por descargo de conciencia y por ser:

... este Tribunal el correctivo de los que han abusado de la Fe, la manchan con falsas e inventadas revelaciones. Sea para que este buen religioso no llegue al estado ilusorio donde se han perdido relevantes espíritus.¹⁰

⁹ Julio Caro Baroja, *El Señor Inquisidor y otras vidas por oficio*, Alianza Editorial, Madrid, 1968: 43.

¹⁰ A. G. N., *Ramo de Inquisición*, t. 867, f. 8.

Este documento que el fraile le hiciera llegar por medio de su hija espiritual Juana de San Miguel, con la recomendación expresa de que guardara el secreto *Verbo Sacerdotis*, sería su perdición. El escrito es una interesantísima autobiografía de este enfermero del Convento del Espíritu Santo, notable pues descubre un mundo de creencias, alucinaciones y tormentos interiores muy peculiares para analizar el mundo alucinatorio de un insensato de este tiempo.¹¹

Se confiesa como hijo legítimo de padres cristianos viejos, españoles honorables y virtuosos. Muerto el padre, lo deja de corta edad y sin ningún freno. La madre viuda vuelve a casarse, resultando la relación con el padrastro sumamente difícil. De los 15 años hasta los 26, edad a la que ingresó al convento, describe de manera minuciosa la vida licenciosa que llevó, en la que los vicios crecían día a día. El mayor de sus pecados fue el de la carnalidad pues "... no daba lugar a que perdonara ni a la honesta viuda, ni a la celibata doncella, ni a la temerosa casada, ni a la perdida pultera. ..."¹² solicitando a personas ya consagradas a Dios, e incluso cometiendo el pecado más torpe, la sodomía. Por aquellos días, llegó, a la desfachatez de darle palabra de matrimonio a dos mujeres con las que tenía comunicación.

Se liberaba a la embriaguez, blasfemando constantemente en contra de Dios. Al preguntarle sus amigos la causa de aquel comportamiento, comentaba vanidosamente, que era para ofender a Jesús. Ejercía, como él mismo lo dice, otras dependencias, como eran las drogas y el hurto. Así, pasaba los días y los años en diversiones "malditas, en comedias y fandangos".

No deja de causar admiración que tuviera, a pesar de su conducta, una buena reputación para reconfortar a los moribundos, tanto por su ingenio como por su conocimiento del Evangelio; sin embargo, aclara que en sus interpretaciones "las cosas divinas las hacía malas". Fue precisamente en una de estas situaciones que se presentó la primera crisis alucinatoria. Cayó desmayado, sin fuerza, conservando la conciencia y todos sus sentidos percibió: "Una cabeza de fuego tan horrorosa que dio voces, pues esto ni fue imaginario, ni intelectual, sino bien perceptible a los ojos corporales. ..."¹³

Fue entonces que el Demonio quiso hacerlo suyo, pues los

¹¹ *Ibidem.*, f. 10-17, En la narración se ha tratado de conservar el lenguaje de la época, como aparece en el documento.

¹² *Ibidem.*, f. 10, Pultera de *putero* (de puta) perteneciente o relativo a mujeres perdidas.

¹³ *Ibidem.*, f. 11.

años anteriores sólo había estado subyugado al “autor de las mentiras”. Ya poseído por el Demonio, éste lo indujo a matar a su madre. Describe con angustia que más de un mes estuvo atormentado obsesivamente con esta idea, llegando a proferir amenazas de muerte exasperado por el recato, piedad, buenos consejos y santos deseos que su madre le expresaba. Al mismo tiempo, lo asaltaba la culpa y lloraba por los sentimientos que abrigaba en su corazón, pidiendo a Dios que un rayo lo fulminara antes de cometer el homicidio. Inmerso en estos pensamientos contradictorios, y desatada la lucha interior entre el impulso de la maldad y la búsqueda desesperada del bien, Jesucristo se dolió de él, enviándole la luz para sus tinieblas y señalándole el camino de la liberación. Convencido, afirmaba, que fue en esta época cuando resolvió ingresar a la Orden de San Francisco.

Es interesante señalar las razones concretas que lo llevaron a tomar esta decisión y que él no incluye como determinantes, mencionándolas sólo de paso. La madre, desesperada frente a lo irremediable, tomó el hábito de la Tercera Orden de San Francisco y se fue a Puebla, agudizándose los maltratos y recelos del padrastro; pero sobre todo “quedó pobre en el gasto”, no teniendo más a quién recurrir en sus necesidades. Además, la palabra de matrimonio empeñada a dos mujeres simultáneamente le preocupaba, al entrar como religioso justificaba el incumplimiento, que de otra manera hubiera tenido que pagar con la cárcel.

Ingresó a la Orden de San Hipólito como novicio el 15 de febrero de 1735, Miércoles de Ceniza, tomándolo como amanuense fray José de Balbuena, en el Convento y Hospital del Espíritu Santo. Parece que los primeros meses su actitud no despertaba mayores sospechas entre sus hermanos y superiores, sin embargo, a partir de su confesión es cuando se agudizan sus alucinaciones, tanto visuales como auditivas.

Por aquél tiempo, la mayor parte de las noches oraba y ya en trance se arrebatava, empezaba a blasfemar y a gritar “¡Basta Señor, basta, ya no más, no más!”, explica que lo hacía porque se le acababa la vida y tenía la sensación de arrojar el corazón por la boca. Pasaba arrodillado los días golpeándose el pecho constantemente. Sus pensamientos eran ambivalentes entre el bienestar del cuerpo y el del alma.

Para el Viernes de Cuaresma, describe que se encontraba rezando el *Vía Crucis* y al abrir repentinamente los ojos vio a Jesucristo; mostró gran disimulo, por temor a que los que lo rodeaban no entendieran lo que le había sucedido.

Pasado un tiempo, mientras cuidaba a un religioso enfermo, entró en meditación. En ese momento, percibió cómo un viento le llenaba la cabeza, perdiendo el control en sí mismo, vio, no lo imaginó, a un muchacho que vendía libros y gritaba: "Vida y virtudes de fray Claudio"; declaraba persuadido, que fue a partir de ese momento que no pudo vivir más sin actos de vanidad.

Tuvo también, repetidas revelaciones del Nazareno, al que ayudaba a cargar la Cruz elevando el pensamiento. En otra ocasión, mientras estaba en la oficina frente a un papel blanco, escuchó una voz que salía del interior del alma que le decía: "Así está tu conciencia", emocionado se arrojó de bruces para besar los pies de la visión.

Un mes antes de profesar, mientras copiaba un sermón, sin causa aparente, dando grandes saltos se metió bajo una silla, de la cual fue muy difícil sacarlo. Durante esta crisis blasfemó como nunca lo había hecho. Fue esta la primera vez que su conducta causó agitación en el convento.

Los exámenes de primeros y segundos votos, de celos de religión, fueron tranquilos; pero durante los terceros y últimos, de castidad, "se descubrió el maldito Compañero", esto fue de la siguiente manera. Un día salió a darle de comer a los enfermos que atendía, de repente apareció un hombre al que agredió convencido de que se trataba del Demonio; se trastornó tanto que cayó enfermo con fiebres de "fervor". Después se presentó otro individuo, claramente enviado por el Demonio, que portaba el papel que debía dar a fray Claudio a una mujer con palabra de matrimonio, en el cual estaba su firma. Su confesor lo calmó y decidió salvarlo del problema. Se entrevistó con la doncella y sus padres. La joven conmovida le hizo saber que por ella no abandonara al Señor, devolviéndole los papeles, con la promesa de seguirle los pasos en el camino de la virtud, lo que apoyaron sus padres. Al regresar el confesor al convento a darle la buena noticia, fray Agustín Claudio se arrodilló agradecido, pero en ese momento, poseído "se puso esta bestia en mi boca y manos, blasfemándolo de indigno y tirándome a despedazarlo".¹⁴

A partir de este día las crisis fueron más frecuentes. En una ocasión que estaba en compañía de un hermano religioso, sintió que un *aire recio* se apoderaba de su triste cuerpo y sentía cómo lo arrastraba, lo que le ocurrió otras muchas veces, desesperado gritaba: "¡Que me lleva el Diablo!", y justo en ese momento

¹⁴ *Ibidem.*, f. 13.

le asaltaba el pecado de vanidad. Lo enviaron a la enfermería, en donde se diagnosticó que estaba "espiritado". Agredió a dos religiosos aludiendo a la relación homosexual que existía entre ellos. Aseguraba que no estaba ni en la tierra ni en el cielo, sino en un lugar muy remoto y según confiesa, en ese momento hablaba pero no discurría. Al entrar el reverendo, le ordenó guardar el secreto sobre los dos religiosos y le mandó obediencia, por lo que estuvo sin moverse tres días. Todos estos hechos causaron revuelo en el convento, corrió la voz de que estaba endemoniado; vinieron a visitarle sacerdotes y extraños, lo exorcizaron. Su director espiritual dictaminó que todo era ficción y dispuso medicarlo, suponiendo se trataba de "efectos naturales". Fray Agustín Claudio, consciente de que no lo eran, se sometió y resignado tomó los medicamentos, que no hicieron efecto alguno. El día siguiente de esta crisis lo levantaron para llevarlo a atender a sus enfermos y distraerlo de sus males.

A partir de este suceso no pudo asistir más al santo sacrificio de la misa sin escandalizar, blasfemar y estremecerse; sintiendo "cerca de mí, aunque no muy claramente, este fantasma o sombra", que no lo abandonaría hasta su muerte, y que según menciona, en el momento de escribir su confesión, lo adivinaba a su lado.¹⁵

A pesar de estas alteraciones de conducta y sin tomar en cuenta la oposición de algunos religiosos, le permitieron profesar el 16 de febrero de 1736, Miércoles de Ceniza. El dinero para los gastos y el hábito lo proporcionó la madre Paula del Convento de San Lorenzo, que era su hermana espiritual. Después de las ceremonias fue a dar gracias al Santuario de la Virgen de la Piedad y más tarde decidió ir al de la Virgen de Guadalupe. En este último le sobrevino nuevamente el accidente, que no lo abandonó por espacio de ocho días, salvo las horas que dedicaba a la curación de los enfermos.

Tiempo después se "soltó el Demonio", no podía rezar el Rosario pues se quedaba mudo, la oración mental era un laberinto, padecía dolores en todo el cuerpo; pero sobre todo, la bestia infernal lo forzaba a actuar en contra de la Fe, poniéndole representaciones imaginarias tan espantosas que lo hacían correr. Dejaba entonces caer el cuerpo con violencia haciendo mucho escándalo. Al recobrase se decía a sí mismo buscando alivio: "Mira qué pataratas. ¿Dónde están las figuras? Todo es fantasía. Así es el Dios que

¹⁵ *Ibidem.*

adoras".¹⁶ Empezó a desconfiar de todo el mundo, no pensaba bien de persona alguna, ni le importaba nada, ni los vivos ni los muertos, ni los enfermos y menos aún su madre. El trabajo corporal lo fastidiaba y había descuidado su persona. Aseguraba que la comunión era su único consuelo, y por otro lado comentaba que al hacerlo tenía siempre un vaso con agua helada, pues al recibir el cuerpo de Cristo sentía se abrasaba, entonces profería terribles blasfemias, lo acosaba la náusea (nunca del estómago, sólo del cuello hacia arriba) y se le encendía asimismo el corazón, con su boca soplaba angustiado sobre él y era por eso que traía el pecho descubierto. Una idea lo obsesionaba, el temor a perder a Dios. Dejó de comulgar por un año, pues le ocurría apretar tanto los dientes que era imposible, aun golpeándolo, introducirle la sagrada forma.

Abstraído, como tonto deambulaba por los pasillos, no entendía ni las palabras, ni los escritos, sólo conversaba con Dios a gritos. Después llamaba al Demonio, al que veía con los ojos del alma, y postrado pretendía besarle los pies profiriendo el nombre de Jesús. Oía fuertes alaridos cuando rezaba y según afirmaba percibía "espantos", los que se le echaban sobre el cuerpo, llegando a ver multitud de Diablos, al mismo tiempo sentía la presencia del fantasma. Al terminar la crisis quedaba exhausto y fuera de sí, sudando y temblando, pero sobre todo agobiado por la congoja.

Otra mortificación que le hacía dar de gritos era la carnal. No podía estar con las imágenes religiosas porque las escupía y ultrajaba, se ensañaba especialmente con la Virgen María; entre más gente estuviera presente era mayor la satisfacción. No se atrevía ni siquiera a mirar a las mujeres, ni a las personas de su propio sexo, pues no se podía contener. Con los enfermos trataba de no tocarlos, ya que poner sus manos sobre ellos era caer. La tentación llegaba a las nueve de la noche, sin dormir, durante la velada veía cosas muy particulares que según notifica "las paso en blanco, porque referirlas cómo han sido fuera delatarme".¹⁷ No lograba controlarse, la furia salía como palpitaciones del corazón.

Al describir el comportamiento de su cuerpo aclara con gran lucidez que era incontrolable. Los golpes que se daba eran terribles, por ejemplo, cuando éstos eran en la cabeza sentía que los huesos se le desunían, lo cual hacía para entender mejor a Dios. Por muy fuerte que cayera, nunca se lastimaba.

¹⁶ *Ibidem.*, f. 14.

¹⁷ *Ibidem.*

Llegó a un punto en el que no asistía a misa, nadie quería confesarlo y no comulgaba por los alborotos que causaba; sólo practicaba la oración, la que no había abandonado jamás.

Observaba cuidadosamente los votos: cumplió con los de la pureza, la hospitalidad, la resignación, la humildad y la obediencia; con sus hermanos tuvo siempre comunicación espiritual, al igual que con sus hijas; no hizo mal a nadie y efectuó sus oraciones. Nunca pudo realizar un acto humilde, por más empeño que puso.

Alumbrado, endemoniado o insensato

Se le formaron los autos como lo sugirió el fiscal del Santo Oficio, tomando en cuenta la delación del confesor, la carta que el acusado escribiera, las declaraciones de sus hijas espirituales y las innumerables audiencias que se le hicieron, en las que sistemáticamente negaba los cargos, adjuntándose los manuscritos que fueron entregados como pruebas. Así, todo el proceso llegó a los jueces calificadores, quienes abundaron en los delitos de alumbrado-molinista para poderlo sentenciar.

Si se analizan los documentos con cuidado, estos delitos saltan a la vista. Pero es aquí donde la información está filtrada y parcialmente interpretada, pues conociendo su confesión y observando su conducta, nunca se aceptó formalmente que se trataba de un insensato; cuando mucho se llegó a calificarlo de endemoniado. La manipulación de la documentación es, creo, evidente. Se trataba de probar que era alumbrado y se hizo.

Es interesante enumerar estas faltas pues son las que le valieron la condena. Las he reconstruido incluyendo algunos datos omitidos por los jueces, dándoles la secuencia necesaria para redondear las ideas y probar cada uno de los delitos según aparecen en los *Edictos de Fe*. Conociendo la descripción de sus alucinaciones y los trastornos físicos que sufría, pueden tomarse también para probar que estaba endemoniado, y lo que yo pienso, para plantear que se trataba de un demente.

Los juicios que manifestó se consideraron contrarios a los que predicaba la Santa Madre Iglesia, pues en varios de los papeles que escribió a sus hijas espirituales proponía cuestiones pertenecientes a la reforma de costumbres. A partir de este cargo de alumbrado se señalaron las características particulares que lo acercan a los quietistas o molinistas.

Al escuchar misa o comulgar, rezando o hablando con Dios, se quedaba extático o arrebatado, lo que ocurrió muchas veces, llegando incluso a levitar. En otras ocasiones caminaba de rodillas a gran velocidad durante largo rato, hasta volver en sí.

La oración mental la practicaba todos los días, de un cuarto a media hora. Aún en la época en la que ya no podía oír misa, ni comulgar y confesarse, nunca dejó la oración, pues afirmaba que "sin ella no podemos conocer a Dios y sin conocerle no nos podemos salvar". A veces todo se le confundía y la oración "parecía un laberinto".

La Luz interior, que distinguía a los iluminados, fray Agustín Claudio la describe así:

Suelo abstraerme con la visión intelectual de Dios que se me manifiesta como un globo de fuego, en cuyo ser cóncavo permanecen las cosas. Otras veces lo hace dentro de mí, unas más con los ángeles y otras en una florecita o en una visión de la Pasión.^{17 Bis}

Sostenía que se comunicaba en espíritu con su director, aunque éste se encontraba a 40 leguas. Aconsejaba a sus hijas espirituales, bien se tratara de monjas o mujeres, que cuando quisieran verlo deberían llamarlo tanto interior como exteriormente y él llegaría en espíritu. Aseguraba asimismo que tuvo contacto con el espíritu de algunos muertos, como lo hizo con el esposo de una de sus hijas viudas, quien le contó se encontraba en la gloria.¹⁸

En la comunicación con sus hijas espirituales acostumbraba introducir el Amor de Dios con su aliento en la boca de las mujeres. Otras veces, lo hacía sólo para darles fortaleza y pudieran vencer las tentaciones carnales.¹⁹

Se consideraba que los temblores, desmayos y ardores, eran indicios del Amor de Dios, reconociendo con ellos a los individuos que estaban en gracia y poseían al Espíritu Santo. El fraile describe en su confesión que con la comunión sentía que se abrasaba interiormente, así como que después de la crisis, exhausto y fuera de sí, sudaba y temblaba, lo cual se tomó como la confirmación de que era iluminado. Además expresó una idea que lo obsesionaba, el temor de perder a Dios.

Rompió el rosario y ultrabaja las imágenes, como lo hacían algunos alumbrados en España, pues pensaban que el uso y la de-

¹⁷ (Bis) *Ibidem.*, f. 16.

¹⁸ *Ibidem.*, f. 278.

¹⁹ *Ibidem.*, f. 514.

voción que se les atribuía “eran tan peligrosos que impedían toda esperanza de salvación”,²⁰ él no podía rezar el rosario, se quedaba mudo.

En lo concerniente a que los dejados no habían de trabajar, declara que el trabajo corporal lo fastidiaba, sólo cumplía con el cuidado a los enfermos, como un servicio a Dios.

El aspecto tratado con mayor amplitud es el del trance místico en el cual se liberaba a comportamientos eróticos. En este caso y según se percibe en los documentos, para estas relaciones no existía el trance, pero sí en cambio eran consideradas santas.

Los jueces inculpan:

Está imbuido en la Doctrina molinista alumbrado y que metiéndose a Director de Almas, ha practicado dicha Doctrina con varias personas del sexo femenino, provocándolas y teniendo con ellas varias obscenidades, enseñándolas que aquello no era pecado, sino que era el modo de vencer las tentaciones y redención de la carne y varias proposiciones.²¹

El partía del principio de que para vencer las tentaciones de la carne, se deberían provocar situaciones de pecado y saber abstenerse en el último momento, por eso él se consideraba un santo, más que San Francisco, quien hubiera sido incapaz de hacerlo. De esta manera preservaba a las mujeres de caer en pecado. Las besaba y abrazaba tentándolas, pero enseñándolas a contenerse, pues ésta era la señal de virtud y perfección.

Era frecuente que pasara las noches en casa de sus hijas espirituales, siempre en compañía de un estudiante de teología que lo seguía por todas partes y con el que discutía estos conceptos; el joven observaba con interés pedagógico cada uno de los actos de fray Agustín. En una ocasión presencié la siguiente lección: colocaron sobre el suelo de un cuarto un colchón, el fraile se acostó en el centro, a un lado el estudiante y del otro una de sus hijas cubierta sólo con las enaguas y un rebozo, metiéndose los tres bajo las mismas sábanas. El lego comenzó a acariciar el cuerpo de la mujer, ordenándole hiciera otro tanto con el de él. En la madrugada inició un discurso diciéndole que tuviera muy presente a Dios, ponderando su bondad y lo grave que sería ofenderlo; debería ser firme para vencer las tentaciones y sobre todo “no tener delectación venérea”, de esta manera lograría infundirle el espíritu de castidad. Después, el fraile se “ponía en postura de cópula”, en la que per-

²⁰ Turberville, *Op. cit.*: 98.

²¹ A. G. N., *Ramo de Inquisición*, t. 867. f. 174.

manecía por espacio de un cuarto de hora, para luego recostarse diciendo: "A la hora que hace mucho frío, entrepiernados los dos, juntos nos estaremos amando a Nuestro Creador".²²

Idénticas situaciones se repitieron con otras de sus hijas, aunque según las denuncias, con una de ellas, una viuda, sí tuvo cópula, cuando menos tres veces. Las persuadió de que eran relaciones espirituales y santas porque era él quien las hacía, ya que Dios le indicaba ejecutar estas prácticas y no reprimirse. Había establecido una regla, si las mujeres querían llegar a él, sin que nada ni nadie las detuviera, deberían besarle en la boca; haciendo él lo mismo, aunque estuviera presente el marido.

Dos errores consideraron las autoridades eran de suma gravedad. El primero, que después de estas situaciones enviara a las mujeres a comulgar sin confesarse. Y el segundo, que prohibiera que ellas dijeran a sus confesores la postura que les había enseñado para vencer las tentaciones, argumentando que él tampoco lo diría, lo que se ha podido comprobar en su confesión.²³

Estos comportamientos fueron duramente sancionados, pues además atentaban contra el matrimonio, la obediencia y el respeto que se le debía guardar al marido.

Las monjas, hijas espirituales

La relación con sus hijas religiosas era diferente. Fue a ellas a las que dedicó los escritos que fueron una de las causas fundamentales para denunciarlo y apresarlo, así como las pruebas concretas para hundirlo, ya que en ellos se percibe un erotismo mal escondido, que alarmó a las autoridades.

Visitaba con frecuencia el Convento de las Capuchinas para comunicarse con sor Marcela Olivia, sor Petra y sor Rosa Ma. Gertrudis. En el Convento de San Lorenzo buscaba a Sor Paula y en el de Balberena a sor Juana de San Miguel. Llevaba bajo el hábito los papeles, regresando con otros, lo que según las declaraciones causaba muchos problemas. Al ser preguntado en el Santo Oficio dijo que les escribía dándoles consejos, algunas oraciones para que rezaran, ejercicios e instrucciones, pero siempre espirituales y permitidas pues aparecía en ellos el Acto de Contrición. Era frecuente que ellas contestaran.

²² *Ibidem.*, f. 271.

²³ *Ibidem.*, f. 272.

Llegaron a tal punto estas idas y venidas, que sus superiores decidieron no dejarlo salir más, lo que provocó en el fraile una reacción de asombro, pues no entendía porque le evitaban la comunicación con sus hijas y en especial con una capuchina a la que visitaba desde antes de que ingresara al convento.

Al encierro siguió la prohibición expresa de que "con la niña de ninguna manera tenga comercio, ni por escrito ni de palabras".²⁴ Sin saber cómo, las cartas se cruzaban, él le dice en una de ellas que no debe entregar los escritos que le ha enviado, aunque le hagan mil pedazos, advirtiéndole no debía doblegarse con la esperanza de que "los dejen comunicar nuevamente". En la respuesta de la religiosa se adivina la profundidad y la desesperación frente a un hecho inevitable y doloroso: "Viva Jesús, mi amado Claudio, cuyo nombre está diciendo y amenazando su ruina. . ."²⁵

Los papeles de ésta y otras monjas se obtuvieron por medio de engaños de confesores y madres superiores, se los arrebataron para hacerlos llegar al Santo Oficio.

Sobre este punto el confesor de fray Claudio se muestra duro y determinante:

La humildad es la base de toda virtud, el amor al prójimo y el servir a todos no deja lugar para escritos y consultas a quienes no las necesitan y más siendo quien las escribe pobre lego hospitalario, simple y presumido, y más teniendo los libros vivos en los enfermos para leer a Cristo. Que no da para otra cosa, cuán más para versitos y papeles con que las simples mujeres quedan engañadas y su amor propio quieto, y el de Claudio gordo, bautizándolo con el Evangelio y mezclando lo profano con la ley católica.²⁶

Una de las pruebas

El documento que se muestra, denominado *Presencia de Dios*, fue dirigido a una religiosa como ejercicio espiritual, que debió seguir durante 35 días, representa un ejemplo de que las oraciones funcionaron como medio de unión mística, entre la fiel discípula y amante esposa, y el director espiritual y Dios.²⁷

²⁴ *Ibidem.*, f. 7.

²⁵ *Ibidem.*, f. 5.

²⁶ *Ibidem.*, f. 6.

²⁷ Roger Bastide, *Éléments de Sociologie Religieuse*, Librairie Armand Colin, Paris, 1947: 107.

Se pueden deslindar algunos puntos que bien pudieron asociarse a los delitos que se adjudicaban a los alumbrados, empezando por la finalidad central de todo el ejercicio que era dar las normas para lograr la mejor vida espiritual. Otras fueron: ofrecer el fuego del amor, luchar para que brille la luz de la fe, el acentuado interés por la oración y la meditación como medio para llegar a la comunicación con el Amado y de esta manera recuperar el Alma, todo ello con la finalidad última de alcanzar el estado de perfección.

El ejercicio se iniciaba el 20 de noviembre. Temporalmente se puede dividir en tres etapas, del 1o. al 29o. día se preparaba el nacimiento de Jesús; del 30o. al 34o. se aludía a las penalidades que sufrieron San José y la Virgen María durante su peregrinación, para culminar el 24 de diciembre con el nacimiento del Dios Niño.

El discurso de cada día puede, a su vez, dividirse en tres partes. La primera, teórica, incluye la enseñanza de Dios, que se manifiesta a través de las virtudes que quiere inculcar, todas ellas reflejo del comportamiento divino de Jesús, al que la monja debería aspirar para alcanzar la perfección y así la comunicación con Dios. La segunda se compone, de lo que considero la parte práctica de la oración, por medio de metáforas se confecciona una prenda a base de virtudes y penitencias, para vestir al Jesús Niño; para continuar con el suplicio,²⁸ aplicándose cilicios en determinadas partes del cuerpo, además de cumplir con los ayunos; para llegar finalmente a la oración, señalando diferentes tiempos, y las plegarias convenientes a cada día. La tercera y última la forman una estrofa que sintetiza las dos anteriores y el *Acto de Contrición*, que debería rezarse todas las noches.

Aquí se desarrollará de manera sintética la primera parte del discurso, para la segunda y la tercera se presenta la transcripción literal del documento, pues considero, es una fuente de interés para otros investigadores.

El director sublima la relación espiritual de la practicante con su divino esposo, abundando sobre la unión de su alma. La conduce a la contemplación, que no descansa, sirviendo de intermediaria, como ser casi sagrado, para que pida ayuda y perdón para todos los pecadores. El Señor le muestra cómo le irá concediendo las virtudes, según los sacrificios realizados, él la buscará de día y de noche. Agradecida, la esposa, debe corresponderle con los dulces afectos de su conversación.

²⁸ Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1980: 40, dice: "El suplicio descansa sobre todo en un arte cuantitativo del sufrimiento".

Cada día se practica una virtud diferente, tanto mentalmente como con hechos concretos, sin tomar en cuenta el decir de la gente. Estas virtudes eran: la humildad, alejándose de la conversación mundana y evitando las alabanzas; la pobreza, librándose de la demasiada compostura; la obediencia a Dios para sufrir y aceptar sus mandatos, y observar el respeto a los superiores, para ello se debía abandonar a la familia y a la patria; el amar a Dios con el alma y el cuerpo, dominando a las tentaciones y conseguir un gran desprecio por el cuerpo; perdonar a los enemigos; no tener flaqueza de espíritu, ni aun frente a los mayores tormentos; respetar los ayunos "porque ponen pesado el cuerpo para la oración";²⁹ y finalmente, un precepto de suma importancia, manifestar sus palabras únicamente a su director espiritual.³⁰

El manejo de las culpas es de gran importancia y se hace describiendo, por un lado, el nacimiento de Jesús, y por el otro, el de un niño de esta época, relato rico en costumbres y creencias.

Jesús nació en secreto, con gran pobreza y humildad, cubriendo sus santas carnes con viles y toscos paños. Nació pequeñito para mostrar la soberbia y miseria de los hombres, nació como uno de ellos, con las mismas necesidades y pasiones humanas. Nació a los cuatro vientos, en el frío y el desamparo de una caballeriza abandonada, sin abrigo, sobre un pesebre, plato de bestias. Acompañado de sus amorosos padres y con el calor de una mula y un jumento a falta de llamas, sin luces. Lo visitaron humildes pastores y reyes. Sus padres no lo ocultaron de perversos ojos. Por la pureza de la Virgen, al nacer no lo tocó la inmundicia y no necesitó bañarse; a diferencia de todas las mujeres, su Santísima Madre no tuvo cuidado alguno, por días caminó preñada y cansada pidiendo posada, y de todas partes la arrojaron, llegando así, en compañía de San José al humilde portal, para que allí naciera el Hijo de Dios, que vino a dar su vida para pagar los pecados de los hombres. Desde su nacimiento empieza a padecer por el amor a los pecadores.

Hasta aquí el discurso del comportamiento divino, en cambio, para un nacimiento común las madres se preocupaban por todas las cosas superfluas que ofendían a Dios, como el vestuario, para adornar el cuerpo del pequeño; preparándolo para recibir las visitas que se le harían, no por afecto sino por interés y prestigio, buscando las adulaciones y regalos. Aseaban con esmero la sala y busca-

²⁹ A. G. N., *Ramo de Inquisición*, t. 867, f. 629.

³⁰ *Ibidem.*, f. 625.

ban una cajita para guardar la ropa y una cómoda cuna con mantillas, para acostumbrar al cuerpo a la comodidad. Se señalaban los cuidados que guardaban las madres antes del parto, cómo las consideraban y regalaban sus esposos. Las creencias sobre el alumbramiento son interesantes, se nacía envuelto en "horrorosa" inmundicia y por esta razón se lavaba al recién nacido y se le aplicaban mixturas olorosas; se aseguraba que en lugar de llorar, que es lo primero que hace el hombre, "deberíamos celebrar la salida de la cárcel estrecha".³¹ Para proteger al niño se le evitaban los sustos por temor a que lo ataque una alferecía, se le velaba el sueño, se vigilaba que tomara el pecho y se le untaban aceites los primeros días. Los padres lo guardaban para evitar que los sujetos con malos ojos lo miraran y pudieran causarle la muerte; y si al niño le llegaba algún mal no pensaban que lo enviaba Dios, sino que era por envidia que le tenían a sus padres y para alejarlo sahumaban a la criatura y le colgaban reliquias. Se juntaban parientes y amigos para traer a los músicos con sus instrumentos, y era el Demonio quien tocaba las cuerdas, para perder el alma del recién nacido. En suma, daban los padres más importancia a los cuidados del cuerpo que a los del alma, pues llevaban al pequeño, un mes después de haber nacido, a presentarlo a la Iglesia.

*Presencia de Dios*³²

Día 1o.

No seas esposa ingrata, corresponde a tanto amor, ten lástima de esta criaturita tan linda y tan excelente, pues tú eres la causa de la necesidad que padece. Y así, hazle muy amorosa una camisita de fino cambray de tu corazón, y viste tu cuerpo de un túnico áspero mortificando tu limpieza y cobijada de una cosa basta y mal lavada, perfilando la del Santo Niño con el hilo de una perfecta contrición. Los respuntes serán ejercer las obras de misericordia, dando de comer a un pobre u otros actos de piedad. Las manguitas has de hacer estando media hora en cruz. El cuellito será ponerte una soga y hacer que te tiren de ella. Las bandas y encajes listón son dos horas de oración, sirviéndote de meditación lo mucho que a Jesús le debes, las grandes finezas que ha hecho por ti y el conocimiento de tu miseria. Y dirás entre día:

³¹ *Ibidem.*, f. 614.

³² *Ibidem.*, f. 605-633.

Recién nacido Niño
 Jesús, mi dulce amor,
 cubra tu desnudez
 mi amante corazón

A la noche rezarás el siguiente Acto de Contrición, después de nueve Padres Nuestros y Aves Marías gloriados con la oración que sirve de ofrecimiento. Todo lo cual has de observar todas las noches durante el tiempo de este ejercicio:

Acto de Contrición

Amorosísimo Niño, Dios Omnipotente, hecho hombre por mi amor, yo la más vil de todas tus criaturas, la más ingrata y desconocida, pues debiéndote tantas finezas aún no acabo de reconocer lo que te he costado, naciendo por mí, sujeto a la oposición de los tiempos, a la contrariedad de los elementos, y lo que más es, que siendo tú el abrigo de todas las cosas, el que viste el cielo de estrellas, el campo de flores, los árboles de hojas, las aves de plumas y dando a todas las criaturas con qué puedan cubrirse, tú naces tan desabrigado, y es la causa estar yo vestida de tanto amor propio. Pero desde ahora, prometo desnudarme de todas las pasiones que me arrastran, y para ello, en nombre de todos mis pobrecitos hermanos, los demás pecadores como yo, digo que nos pesa haber ofendido a Vuestra Majestad Soberana. Nos arrepentimos de todo corazón y proponemos, Hermosísimo Niño, Dulcísimo Jesús, de servirte con todas nuestras fuerzas, y es por amor en tu inmensa piedad que nos has de dar gracia, porque así como tú naciste a redimirnos nosotros también nazcamos a amarte mediante una contrición, para que, como amantes verdaderos, nos resignemos en vuestra santísima voluntad y sirviéndonos de mérito lo mucho que por nosotros hiciste y padeciste, nos hagas dignos de ir a celebrar su Santísimo Natalicio en compañía de todos los Santos y Ángeles, a la bienaventuranza, por toda la eternidad, amén.

Luego rezarás los referidos Padres Nuestros santísimos y dirás la siguiente oración que sirve de ofrecimiento:

Amantísimo Redentor de mi alma, Dios y hombre verdadero, postrada ante tu divino acatamiento, te ofrezco las obras de este día en memoria de la desnudez y pobreza que por mí padeciste en el portal de Bethlem. Recibe Santísimo Niño, mi carta, oferta en satisfacción de mis culpas y de las de todos los hombres, mis hermanos, y concédeme graciosísimo Infante, por tus santísi-

mos méritos y los de tu gloriosísimo Padre, perfecta contrición de mis pecados, conocimiento de mi miseria y de tu grandeza, negación de mí misma, resignación en tu santísima voluntad, mucho que padecer por tu amor, espíritu de oración, para que muriendo a todos mis carnales efectos nazca a ti por las virtudes y merezca ir a verte, gozarte, alabarte por toda la eternidad, amén.

Día 2o.

Has de hacer a su Majestad del fino cambray de tu mortificación un fajerito curioso, trayendo cilicios en los brazos y cintura si estás sana y robusta. Labrarás el respectivo fajero del hilo finísimo de oro de un propósito firme de nunca más pecar, haciendo aguja el arpón del divino amor, ejercitando cuarenta veces los actos de fe y esperanza y caridad. La costura has de hacer con todo sosiego en dos horas de oración, sirviéndote de meditación el que para ser grandes en el Reino de Dios es necesario ser muy pequeñitos en esta vida. Rezarás dos veces el Rosario, La Camándula³³ y dirás entre día:

El fajero mi Niño
son mis brazos,
para unirme contigo
en amorosos lazos

A la noche rezarás lo acostumbrado.

Día 3o.

Hazle este día un pañalito de cambray muy fino, éste será de tu voluntad amorosa tomando una disciplina corta, cosa que te mortifique y no lastime tu salud. Has de tomar el dechado de la Vía Crucis y así labrarás el pañalito con un lomillo muy pulido, esto será un cuarto de hora trayendo la Cruz a cuestras; échale sus esquinillas con una hora de oración, meditando lo eterno de la bienaventuranza y lo mudable de esta miserable vida. Tendrás con todo recogimiento interior media hora de consideración de la muerte y rezarás devotamente dos veces el Miserere. Y dirás entre día:

Mi fina voluntad
sirva de pañalito,

³³ Camándula, Rosario de uno o tres dieces.

para envolver Jesús
tu hermoso cuerpecito

A la noche lo acostumbrado.

Día 4o.

Y así, desnudándote de todo el aliño de tus pasiones, le has de hacer a este primoroso Dios Niño una mantillita del finísimo paño verde de tu esperanza firme; para gozarle, traerás todo el día cilicios en la cintura y muslos, sin apretar mucho, no te venga alguna enfermedad. Y guarnecerás esta mantillita del Niño Jesús con un listón color de fuego y éste será haciendo treinta y tres actos fervorosos de Contrición. Échale en las esquinas unas campanillitas de oro rezando dos veces la Camándula y teniendo dos horas repartidas de oración, considerando cuán brevemente deshace la muerte los faustos, galas y demás hermana compostura reduciéndolo todo a polvo, desdicha y podredumbre. Y dirás entre día:

Te ofrezco Niño lindo
a mi esperanza fina,
porque a tu desnudez
le sirva de mantilla.

Día 5o.

Hazle hoy otra mantilla, pasa encima de la fina grana de tu sangre, tomando como disciplina, no muy larga; y asentándole a la mantilla un rico listón de tela amarillo, y éste sea contemplarse todo el día cautiva por amor de Dios. Échale unas borlitas de oro y nácar rezando el Rosario de Quince Misterios y teniendo dos horas repartidas de oración, con la meditación de las penas del infierno y lo mucho que padecen los que no ejercieron las virtudes por miramiento del qué dirán. Y dirás entre día:

Más que digan Jesús
que soy una embustera,
te ofrezco por mantilla
la sangre de mis venas.

A la noche lo acostumbrado.

Día 6o.

Y así, este día le has de hacer una sabanilla, del cambray fino de tu pureza, traerás cilicios en los brazos; y usarás tu disciplina bordando la sabanilla de primorosos calados, cercenando tus apetitos, aun el más leve. La guarnecerás de encajes rezando dos veces la Camándula, y harás esta costura con mucho sosiego en dos horas repartidas de oración, meditando cuán pura ha de estar el Alma, para ponerse en la presencia de Dios y unirse con su Majestad. Y dirás entre día:

Amoroso Jesús,
pues tu pobreza es tanta,
admite niño lindo
por sabanilla mi Alma.

A la noche lo acostumbrado.

Día 7o.

Y pues ves al Santísimo Niño atormentado con las fajas, para divertir su dolor téjele una fajita de seda carmesí de subido color, de tu encendida voluntad; traerás cilicios en los muslos y cintura. Borda la fajita de piedras preciosas y sean los diamantes tus lágrimas llorando las culpas ajenas como si fueran tuyas, haciendo cincuenta Actos de Contrición, por todos los hombres. Échale en las puntas unas trencitas de oro con una disciplina corta, y sirviéndote de meditación el gozo que tuvo la Santísima Virgen en el nacimiento del Niño y el dolor que traspasó su corazón figurándosele en las fajas, las sogas y cadenas con que había de ser atormentado. Tendrás con todo interior recogimiento media hora de oración, y no te parezca poco, pues mucho harás en que sea, sin las distracciones que sabes, si acostumbras a orar. Y dirás entre día:

Diviértete mi Niño,
Jesús enamorado,
pues fajas de mi amor
son las que te han ligado.

A la noche lo acostumbrado.

Día 8o.

Y así, a este Santísimo Niño le has de adornar de alhajitas virtuosas, haciendo una curiosa trencita de tu bien escarmenada con-

ciencia, para colgar en ella, cuantas curiosidades de actos pudieres ejercitar en este día. Le has de hacer un relicario precioso del finísimo oro de tu corazón, lo has de esmaltar de rubíes, esmeraldas y diamantes, éstos serán ciento y treinta y tres Actos de fe, esperanza y caridad. Ponle un alamacito de oro y plata que harás de una disciplina, por la conversión de infieles y pecadores; y una hora de oración meditando las perfecciones del Santísimo Niño y cuantas razones tenemos para amarle. Y dirás entre día:

Haré mi corazón
relicario pulido,
para guardar amante
tu Deidad, Santo Niño.

A la noche lo acostumbrado.

Día 9o.

Este día, a imitación de las cobijas que le ponen a las demás criaturas, le has de hacer al Niño Jesús una cobijita, pero muy diferente, porque ha de ser de la blanca tela de tu fe, traerás mortificaciones en los brazos y cintura. Le echarás a la cobija unos finísimos encajes de oro, y éstos sean de muy puros pensamientos; a los encajes pondrás un melindrito curioso de plata, privándote de todo melindre o regalo, lo atorarás en la rica capichola de una buena disciplina. Le pondrás dos campanitas de plata con dos horas de oración, sirviendo de meditación, que sólo Dios es quien verdaderamente tiene cuidado de nosotros porque nos ama más que nuestros deudos, más que nuestros padres, y más que nosotros mismos. Procura pagarle tanto amor ejecutando con afectos escondidos tu tibia voluntad. Y dirás entre día:

Querido Niño Dios
esposo de mi vida,
por cobija te ofrezco
mi fe amante y rendida.

A la noche lo acostumbrado.

Día 10o.

Hoy le has de hacer una cofiecita al Niño Jesús, de la manera que te diré. El cambray delicado ha de ser una cándida resignación

en la divina voluntad. La banda pulida una corta disciplina. El dobladillo, formado de un continuo silencio por espacio de tres horas. Los encajes ricos será rezar nueve veces el *Te Deum Laudamus*, y esta costura se ha de hacer en media hora de oración, meditando tus pecados, y cuantas veces te has olvidado de Nuestro Redentor Jesús por los humanos cuidados; pero ha de ser con esta circunstancia, que luego que sientes el Divino consuelo o te veas muy fervorosa dejes la oración y te vayas a recoger, aunque no haya ni medio cuarto de hora que comenzaste, que así no te matarás. Y dirás entre día:

De mi resignación
haré una cofiecita,
para que mi Dios Niño
cubra su frentecita.

A la noche lo acostumbrado.

Día 11o.

Y, pues ves que no tiene ni un pobre canasto en qué guardar su santa ropita, hazle un arca curiosa del madero fino de tu secreto, no revelando tu interior más que a tu director. Échale sus goznecitos de fierro dorado de tu fortaleza, venciendo cuantas tentaciones pusiere el común enemigo. La llavecita harás de acero del silencio, guardándolo todo el día sin hablar ni aun lo forzoso. Si fuere posible, las bisagras se harán de oro acrisolado, tu fervor, con la observante disciplina y una hora de oración, con la meditación de la muerte, considerando las alhajas que han de adornar la tenebrosa sala de tu sepultura. Y dirás entre día:

Fabricaré una Arquita
de mi secreto fino,
para guardar preseas
del Santísimo Niño.

A la noche lo acostumbrado.

Día 12o.

Y así, aunque el Niño Jesús no necesita de aguas, sahumerios ni olores, le has de sahumar su santa ropita haciendo flamante bra-

sero de tu corazón, la lumbré será ciento y treinta y tres Actos de Amor a su Majestad; el olor aromático el buen ejemplo; la canastita o sahumador harás de una fervorosa disciplina. Las aguas cristalinas, dos horas de subida contemplación considerando la pureza y excelencias de la Santísima Virgen, las perfecciones del Niño Jesús y las vilezas y miserias de nuestra naturaleza. Y dirás entre día:

 Mi corazón flamante,
 dando de ejemplo olor,
 ofrecerá el incienso
 para mi Redentor.

A la noche lo acostumbrado.

Día 13o.

Mira el padecer de Jesús desde la cuna del pesebre y para desagraviarle hazle hoy una cunita del cristal de tu pecho, ofreciéndolo con todo afecto, engostada de unas cantoneras de oro, y éstos sean lo subido de una hora de contemplación, meditando con todo interior recogimiento lo ligero de nuestra vida, la flojedad que tenemos y que cuando queremos trabajar en las obras de la virtud, instantáneamente nos hallamos en la eternidad. Tomarás una disciplina porque nos levante el Señor del descanso de la pereza y le sirvamos; rezarás cincuenta veces La Magnífica y si no la sabes el Rosario de 15 Misterios, traerás mortificaciones en los brazos. Y dirás entre día:

 Pues por cuna te ofrezco
 ya mi pecho amoroso,
 recuéstate Jesús,
 descansa Niño Hermoso.

A la noche lo acostumbrado.

Día 14o.

Este día, prevénle al Santísimo Niño un colchoncito del fino damasco de tu disciplina. Las plumitas delicadas han de ser de muy santos y sutiles pensamientos; las bastas preciosas harás rezando

cuarenta veces La Magnífica, Rosario de quince Misterios, esta costura se ha de hacer en dos horas repartidas de oración, meditando cuán difícil es reducir o despertar un corazón obstinado o dormido en el tenebroso sueño del pecado, pues sólo pensarlo, hace llorar a Jesús desde que nace. Lloro tú tus miserias y las de todos los hombres, y enjuga las lágrimas al Niño con el delicado cambray de tus finos afectos haciendo treinta y tres Actos de Amor de Dios. Y dirás entre día:

No llores Niño lindo,
Jesús Padre y Señor,
que tu afligido llanto
me parte el corazón.

A la noche lo acostumbrado.

Día 15o.

Y en este día hazle al Señor una colchita de tela de nácar de una preciosa disciplina, échale los flecos de una hilada Contrición. También fórmale un pañuelito del fino cambray de tu pureza, renovando este día el voto si eres religioso. Borda el pañito del oro y nácar de tus mortificaciones, trayéndolas en la cintura y muslos. Hasta las desenfrenadas pasiones de la mula de tu cuerpo, privándola de todo apetito, no comiendo más que el primer plato al medio día y a la noche. Y pondrás este jumento en la presencia de Dios en una hora de oración, meditando cuán incapaz eres de llegar a hablar con su Majestad, y cuán indigna de llegarle a recibir sacramentado. Y dirás entre día:

La bestia de mi cuerpo
rendida mi Señor,
reconoce, Dios Niño
que tú eres mi Creador.

A la noche lo acostumbrado.

Día 16o.

Y endónale hoy tres preciosas almohadas del fino lienzo de las tres potencias, la lana delicada sea tu limpia conciencia, las fundas has de hacer de la tela preciosa de la fe, esperanza y caridad, ha-

ciendo treinta y tres actos de estas virtudes. Échales sus finos encajes rezando dos veces La Camándula, ponles unas agujetas curiosas con los ramales de una buena disciplina, desde hoy hasta acabar los ejercicios. No pongas cabecera chica ni grande para dormir. Postrarás el jumento de tu cuerpo delante del Niño Jesús y aprendiendo la humildad del buey tendrás una hora de oración, meditando cuánta es la misericordia del Señor, pues con humillarse a su Majestad, nos perdona siempre que llegamos a los puestos de su clemencia, aunque sean fieros, horribles e innumerables nuestros delitos. Suplícale rendidamente nos dé a todos verdadera humildad, pídele perdón por todos nosotros los pobres pecadores. Y dirás entre día:

Jesús por mis pecados
fiero jumento he sido,
pero humilde y lloroso
que me perdones pido.

A la noche lo acostumbrado.

Día 17o.

Este día le harás al Santísimo Niño, unas pulidas sábanitas del lino precioso de tu caridad. El dobladillo lo harás con el limpio torzal de una fervorosa disciplina; por randas pondrás cilicios en brazos y muslos. Las macetitas nácares de las esquinas, serán rezar con toda humillación el Miserere en cruz, cuatro veces, y una hora de oración, considerando que sin la penitencia ninguno entra en el Reino de los Cielos, y cuán necesaria es la mortificación para que el espíritu gobierne a la carne y no la carne al espíritu. Los curiosos encarrujados hazlos con doscientos actos de Amor de Dios. Y dirás entre día:

Mi Caridad las sábanas
dará con fiel amor,
para abrigar al Niño
Jesús, mi Redentor.

A la noche lo acostumbrado.

Día 18o.

Y así, este día págale con algún modo tanta fuerza y pues ves que necesita dormir cariñosamente en tus brazos, previniendo-

los con sus mortificaciones. Guárdale el sueño no moviendo todo hoy los labios, ni para una sola palabra. Si fuera posible halaga al Santísimo Niño con la buena gracia de tu fervorosa disciplina, háblale mudamente con las señas de tus afectos en una hora de oración, meditando la veneración interior y exterior que has de tener para ponerte en la presencia de tan poderoso Dios, porque le debemos adorar con reverencia de cuerpo y alma. Y dirás entre día:

Que duermas en mis brazos
quiero con alegría,
descansa mi Jesús,
duérmete vida mía.

A la noche lo acostumbrado.

Día 19o.

Pero hoy has de pedir licencia al Niño Dios y humildemente lo has de paladear con la miel suave del arrepentimiento de tus culpas, haciendo cincuenta fervorosos Actos de Contrición. El vasito en que ha de ir este dulce manjar será de tu generoso pecho, compuesto de cristalinos y cándidos afectos, ponle a este precioso vaso dos curiosas asitas de oro rezando dos estaciones en cruz. Hazle un piecito esmaltado de las mortificaciones de tus brazos y tu observante disciplina. La bandejita en que has de remitir esta corta oferta ha de ser del líquido cristal de una pura contemplación, meditando por espacio de una hora, los trabajos de Jesús en su nacimiento y los gloriosos tiempos que gallardamente padeciendo alcanzó de sus enemigos. Y dirás entre día:

Jesús, la dulzura
es mi contrición,
con que paladearte
quiere el corazón.

A la noche lo acostumbrado.

Día 20o.

Y así, agradecida de tanto amor, hoy le has de ofrecer al Santísimo Niño el líquido aceite de tu caridad haciendo trescientos

actos fervorosos de Amor de Dios. La transparente redoma en que ha de ir este caritativo óleo ha de ser, tu pura alma limpia de toda imperfección; ponle un precioso taponcito, no levantando este día los ojos del suelo; en cuanto fuere posible amárrale un listoncito de tela de color de fuego con tu hermosa disciplina, y platea la referida redoma, con mucho cuidado, en una hora de oración todo recogimiento interior meditando: "Qué padre tan amante es Jesús, cuánto cuidado le cuesta el alma y cuánto descuido tienes tú con su Majestad, anteponiendo los negocios del cuerpo al cuidado de tu alma y como pierdes tanto tiempo ya con pensamientos, ya con escrúpulos, ya padeciendo sin méritos porque no lo ofrece a su Majestad". Y dirás entre día:

No veas mi indignidad,
admite Niño hermoso
de mi fiel caridad,
el aceite amoroso.

A la noche lo acostumbrado.

Día 21o.

Siempre está tan helado o tibio tu desagradecido corazón. Enciéñdete vigilante, abrázate fervorosa y el fuego de tu amor te sirva este día para calentar la ropita que has hecho para el Santísimo Niño. Y así pidiendo a su Majestad licencia, has de disponerte a vestirlo con toda veneración, dispón los brazos con sus mortificaciones. Cierra las ventanas del alma, que son los ojos, trayendo por espacio de dos horas unos cilicios en ellos. Échale un candado a la puerta de tu boca por tres horas con una mordaza, no abriendo los labios en cuanto fuere posible, ni gustando más que un potaje mal guisado. Ponle tranca a todas tus pasiones, con la acostumbrada disciplina. Enciérrate en tu interior para esta obra, en dos horas repartidas de oración, meditando que cualquier cosa, como muerte repentina, daño en los bienes u otro accidente que acontezca a otra criatura, no es otra cosa que un golpe o llamamiento que da este divino Señor a las puertas de tu alma. Y tú, desagradecida, le has dado con ellos en su santísimo rostro. Arrepiéntete deveras y pide a su Majestad perdón para todos los hombres. Y dirás entre día:

Me prevengo gustosa,
para vestir rendida
a Jesús tierno infante,
esposo de mi vida.

A la noche lo acostumbrado.

Día 22o.

Este día, a imitación del cuidado con que nos guardan de los humanos ojos, has de procurar guardar a Nuestro Divino Niño de los malos ojos, de la más leve imperfección. Pondrás todo recato en tu vista, no levantando tus ojos del suelo para ninguna cosa, si fuere posible traerás cilicios en ellos por espacio de dos horas. Ocúltate todo el día de aquellas personas con quien comunicas y en lugar de las presunciones referidas, harás doscientos actos humildes besando el suelo, despreciándote y otros semejantes. Y mira, que te advierto, que el infernal Basilisco ha de procurar ver el daño que le puede hacer a tu recién nacida virtud y ha de enviar a verte los malos ojos, los infieles impuros y crueles pensamientos. Con que hazte sorda y dale con las puertas en su abominable cara, afianzándote con una buena disciplina. Tendrás dos horas repartidas de oración, meditando la suave y dulce misericordia de Jesús, pues pudiendo quitarnos la vida para que no pareciéramos ante su Majestad con los ojos de Basilisco de nuestras culpas, no lo hace, sino que piadoso aguarda que le pidamos misericordia. Hazlo así con todo fervor. Y dirás entre día:

Para verte Jesús
no sé cómo he tenido
ojos, que por mis culpas,
Basilisco han sido.

A la noche lo acostumbrado.

Día 23o.

Para enseñarte cómo te has de portar con tus enemigos, perdonándolos y acariciándolos aunque estés mirando que claramente te agravian. Y así, este día mirando al Santísimo Niño con los males y accidentes de sus desamparos, piensa que tú le has hecho mal a su Majestad con tus torpezas. Y así procura no quitar el pensamiento de lo mucho que le has ofendido, avivando tu fervor con

cien Actos de Contrición fervorosos, sufriendo prudente cuantas tribulaciones te acontecieron; esfuérate con el rigor de tu disciplina; logra el tiempo y reza 28 veces el Salmo del Miserere con toda devoción. Y tendrás una hora de oración considerando que todo lo que sucede en todos los hombres, ya muriendo, ya penando con las enfermedades o ya gozando prosperidades, todo es voluntad del Señor, procura resignarte en ella y pídele a su Majestad que lo hagan así todas las criaturas. Y dirás entre día:

Pues darme gusto o pena
en tus manos está,
hágase Niño amado
tu santa voluntad.

A la noche lo acostumbrado.

Día 24o.

Y así, agradecida a tantas finezas, este día mira cómo puedes excusarle nuevos dolores a nuestro Jesús, para esto ponte como resguardo de su Majestad, ofreciéndote a satisfacer por todos los hombres, que cada instante con sus maldades causan nuevos tormentos al Santísimo Niño. Válete de la preciosa reliquia de la fe, pidiendo a Dios si tuviera la conversión de los pecadores; arráigate de la caridad y en nombre de todos harás doscientos actos de Amor de Dios; castiga en tu cuerpo las injurias que todos le hacemos a su Majestad, con tu observante disciplina. Oblígate a padecer trayendo tus mortificaciones en los brazos, abrástate en la sed de la salvación de las Almas no consintiendo a tu cuerpo que tome hoy una gota de agua. Arrójate fervorosa a los pies del Santísimo Niño en las horas repartidas de oración, meditando cómo crece todos los días la infidelidad entre los gentiles y cómo se aumentan los pecados ante los cristianos. Advierte lo bien visto que está el pecado y lo mal mirado que se halla la virtud, llora esta desdicha. Y dirás entre día:

Porque no padecieras
mi Jesús Niño tierno,
tolerara gustosa
las penas del infierno.

A la noche lo acostumbrado.

Día 25o.

Y así, hoy tomando ejemplo del Niño Jesús, procura ejercitar las obras de caridad en cuanto pudieres, ya dando noticia de saludables consejos a los pobres de mundanos bienes, ya consolando aquellos que conocieres pobres de ánimo en materia de espíritu u otros actos de piedad. Y pues ves que el Niño Jesús ama tanto la santa pobreza. Si eres religioso renueva el voto este día y castiga con la disciplina las riquezas de soberbia que has tenido en este valle de lágrimas. Y conociendo tu miseria y pobreza, pues en realidad por mucho que tengas no eres más que desvalido polvo, tendrás una hora de oración meditando los anhelos y desvelos que tienen los hombres, arriesgando la vida, la honra y el alma por las avariicias y riquezas, llora estas fantasías y procura desde hoy ser pobre de espíritu si quieres ser bienaventurado. Y dirás entre día:

 Mi Jesús Niño lindo,
 desprecia la riqueza
 y por más lucimiento
 se viste de pobreza.

A la noche lo acostumbrado.

Día 26o.

Y así, agradecida este día regala a nuestro infante Jesús, con los dulces afectos de tu conversión haciendo veinte Actos de Contrición fervorosos, y envíale los delicados suspiros de tu corazón con doscientos Actos de Amor a su Majestad; remítele unas matizadas flores rezando el Rosario de Quince Misterios; ponle unos maravillosos y disciplinados claveles con las mortificaciones de tus brazos y cintura y la observante disciplina. Preséntale una cándida azucena teniendo una hora de oración, meditando que no sirves de nada, que no hay cosa buena en ti, y cuando la haya es venida de la mano del Señor. Avergüenzate de tus vanidades, pues no tienes que ofrecer a la divina Majestad, humíllate considerando cuán pobre eres de méritos para con Dios. Y dirás entre día:

 Qué bueno eres Jesús,
 cuánto es Niño tu amor,

pues admites los ayes
del más vil pecador.

A la noche lo acostumbrado.

Día 27o.

Y así, este día has de dar los parabienes a los santísimos señores y a nuestro divino Niño. Guarda todo hoy riguroso silencio, presente con el cumplimiento de tus mortificaciones en cintura y muslos, háblale a su Majestad con las palabras sencillas de tu corazón haciendo cien Actos de fe, esperanza y caridad. Reza dos veces la Camándula, ofrécele con rendimiento tu observante disciplina y ponte a oír las divinas voces que Jesús hablare a tu interior por espacio de una hora, meditando cómo se atienden las palabras de los hombres apreciándolas por fidedignas. Y a este tiempo de Dios, que es la suma verdad, no se hace caso, aunque grite su Majestad, por los ecos de sus predicadores, aunque llames interiormente con auxilios, se desprecian las divinas inspiraciones como si fueran fantasías, llora esta desdicha. Y dirás entre día:

Jesús Niño del Alma,
cuántas son mis maldades,
pues por oír a los hombres
no escucho tus verdades.

A la noche lo acostumbrado.

Día 28o.

Y así, rendida a tantos beneficios, aunque el Niño Jesús no necesita para alumbrarse de materiales luces, le has de ofrecer las encendidas antorchas de la fe, esperanza y caridad haciendo ciento treinta y tres actos de estas virtudes. Ponle las luces de tus ojos no perdiendo de vista lo mucho que le debes, los dorados candeleros en que has de posar estas luces serán tus mortificaciones en cintura y brazos, y tu bien usada disciplina; rezarás quince veces La Magnífica o un Rosario de Siete Misterios; tendrás una hora de oración meditando cómo por las tenebrosas tinieblas de los vicios despreciamos las luces maravillosas de la gracia y cómo viven los gentiles en la ceguera de sus errores, sin aprovecharse

de la luz de la fe, pide al Señor los ilumine para su conversión. Y dirás entre día:

Si estás Jesús a oscuras,
con amantes arrojos,
para luces te ofrezco
las niñas de mis ojos.

A la noche lo acostumbrado.

Día 29o.

Dispón para la festividad del nacimiento de nuestro Salvador, un curioso portal de tu pura alma limpia de la más pequeña imperfección; forma un pulido pesebre de tu voluntad amante haciendo cincuenta actos de Amor a Dios, castigando tu demasiada gula con no tomar más que un plato mal guisado. Ponle al referido portal cuatro ricos pilares de tu prudencia, justicia, fortaleza y templanza, ejercitando con toda eficacia estas virtudes. En cuanto pudieres barre toda la pieza con un examen riguroso de la conciencia, cuélgala con tus mortificaciones en cintura y muslos; sacudé bien el polvo con tu observante disciplina. Fabrica un espejo de tu pura contemplación, afiánzalo con las firmes alcayatas de quince Actos de Contrición y otros tantos propósitos de no pecar; tendrás dos horas repartidas de oración considerando cuán eternos nos juzgamos en esta vida, como anhelamos por la mejor, viviendo con todas las conveniencias, como nos desvelamos por el buen parecer y compostura de nuestra casa y lo peor es que, la sala que nos ha de servir de descanso en acabándose la vida, en un hoyo hediondo, oscuro y húmedo y muy inmundado, y no sabemos qué lugar tenga nuestra pobrecita Alma en la otra vida. Y dirás entre día:

Fabricaré un portal
de mi alma enamorada,
para el Niño Jesús
mi única prenda amada.

A la noche lo acostumbrado.

Día 30o.

Este día y los otros cuatro siguientes, haciendo paréntesis en la Festividad del Nacimiento, has de considerar las penas y trabajos

de la Virgen y San Joseph. . . Y así obligada a tanta doctrina como te da Jesús Niño, has de acompañar a sus santísimos padres ofreciéndoles por descanso tu caritativo corazón. Ve quitando del camino los ásperos abrojos llenando de las mortificaciones acostumbradas tus brazos y cintura. Riega las trabajosas cuestas de maravillosas flores rezando el Rosario de Quince Misterios, y puesta en cruz, los siete Padres Nuestros y Aves Marías del Señor San Joseph, alíviales sus congojas con tu observada disciplina. Sirve de paje a estos Santísimos Señores en dos horas repartidas de oración, sirviendo de meditación, cuán agradables son a Jesús los trabajos de sus escogidos y como es más seguro el camino de las tribulaciones que el de los demasiado consuelos, aprendiendo la paciencia de la Santísima María y el bendito Joseph y considerando juntamente que es la angustia forzosa para merecer, y que, habiendo caminado Jesús nuestra vida por entre espinas, nosotros para imitarle, no hemos de ir por florestas deleitables. Y dirás entre día:

A María Soberana
y a Joseph con amor,
descanso les ofrece
mi amante corazón.

A la noche lo acostumbrado.

Día 31o.

Para enseñarte no andar con flaquezas de espíritu aprende el sufrimiento de María en el parto. Y así procura aliviarla este día en cuanto pudieres, mira si quieres que le sirvas de instrumentillo para que no lastimes su santísima delicadeza, cuida a esta gran Señora, pues ves de cuánta felicidad nos ha de ser su divino parto. Abrígale sus santísimas sienes con un pañito de cabeza del oro verde nácar de tu lucida fe, esperanza y caridad, haciendo cincuenta Actos de estas virtudes. Mira la gran necesidad y el tiempo tan contrario. Y así, hazle a la Señora una curiosa mantilla de la fina grana de tu disciplina, échale un galón de oro con las mortificaciones de tus brazos y cintura; ponle dos borlitas preciosas rezando dos estaciones en cruz. Hazle a la referida mantilla una macetita en medio, bordada del oro de tu contemplación, teniendo dos horas repartidas de oración meditando nuestra inconstancia, pues aún no bien gozamos los fervores, cuando se viste nuestra miseria de inconstantes tibiezas y Jesús siempre promete a perdonarnos,

como si para nuestro remedio estuviera su Majestad, obligado por fuerza. Procura que todas tus obras, para que sean seguras, vayan debajo de la protección de nuestra Coredentora y madre María Señora. Y dirás entre día:

Te ofrezco Virgen Santa
mi sangre amante y fina,
porque a tus desabrigos,
sirva de mantilla.

A la noche lo acostumbrado.

Día 32o.

Y así este día, mirando la necesidad de María Señora y del Gloriosísimo Joseph, ofréceles el pan sacramentado de nuestro divino Dueño recibéndole espiritualmente, y gusta tú también este celeste manjar blanco, privándote de todo apetito y no comiendo al medio día más que el primer plato, y a la noche pan y agua. Dales a estos soberanos señores a gustar de tu contrición lo dulce, cubiertos los brazos de mortificaciones. Y pues ves, la demasiada sed que pasarían los santos padres de Jesús en el camino, acarrea con el uso de la disciplina las aguas de tus ojos y ofrécelas en el vaso de una pura contemplación meditando las hambres, sed y trabajos que por tu amor sufrieron los señores Jesús, María y Joseph. Consideren cuántos de los hombres no tienen más Dios que el apetito que les ofrece su gula, brindando tan sin descanso, que de un día a otro les alcanza la embriaguez, y privados ultrajan a Dios como si fuera su Majestad un vil esclavo suyo, llora esta miseria. Y dirás entre día:

Adorada María,
Joseph Patriarca amado,
amoroso os ofrezco
un pan sacramentado.

A la noche lo acostumbrado.

Día 33o.

Y aunque estos santísimos señores, por ser sumamente espirituales, no han menester confortativos humanos para sus crecidos

trabajos, les has de ofrecer los fuertes espíritus de tus mortificaciones, usándolos en los brazos y cintura. Con tu observante disciplina preséntales los suaves aromas de tu voluntad, con cincuenta actos fervorosos de Amor de Dios. Rezarás el Rosario de Quince Misterios, y en cruz los siete Padres Nuestros y Aves Marías del señor San Joseph. Tendrás dos horas repartidas de oración, meditando cuántas veces te sientes cansada en el camino de la virtud y cómo procuras luego el alivio de tus congojas, significando con extremo tus tribulaciones. Y mira cómo no se cansa nuestro amante Jesús en solicitar tu bien, ni en buscarte de día y de noche, y cómo te has desentendido a los beneficios que de su Majestad recibes. Aprende de la Santísima María y el Glorioso San Joseph a no buscar los humanos consuelos y andar ligeramente por entre las espinas de las contradicciones, y demás persecuciones espirituales. Y dirás entre día:

A los Padres Santísimos
de Jesús, mi señor,
ofrezco por aromas
las ansias de mi amor.

A la noche lo acostumbrado.

Día 34o.

Y pues ves la necesidad de sus santísimos padres, socórrelos por amor a Jesús, y aunque no tengas cosa capaz para tus divinos sujetos, ofréceles tu vida, dales la recámara de tu alma ejercitando este día todas las misericordias que pudieres. Oblígalos a que hagan mansión en tu corazón limpiándolos de toda imperfección, con un rigurosísimo examen de conciencia y doscientos Actos de Contrición. Agazájalos con los recuerdos de las Glorias de la Encarnación, rezando dos veces el Rosario de Quince Misterios. Trabaja hoy para agradecerlos, con tus mortificaciones en cintura y muslos; alientas tus fervores con la disciplina. Y para darles más gusto a estos divinos huéspedes, tendrás dos horas repartidas de oración, meditando las ansias de sus divinos corazones, advirtiéndolos cómo siendo tan allegados del mismo Dios no se sienten de ser tenidos por viles, porque les sobra la humildad; y como a ti te falta, de cualquiera leve palabrita te sientes, ¡Ah barro ensoberbecido! Pues crees que tú eres lo peor del mundo. Y

así, has de hacer treinta y tres actos humildes, tomando con todo cuidado la Doctrina de la Santísima Virgen y del Gloriosísimo Señor San Joseph. Y dirás entre día:

Santísimos señores,
yo os doy para posada,
con rendimiento humilde
corazón, vida y alma.

A la noche lo acostumbrado.

Día 35o.

Así pretende este divino Niño enseñarte a que como fiel discípula y amada esposa suya quites de ti todo embeleso terreno, despreciando los gorjeos trascendentes de este valle de miserias. Quiere el Señor darte normas para que sigas la vida espiritual, abrazándote amorosa con la Cruz, corriendo con ligero pensamiento a la divina contemplación sin gustar de caducas melodías, porque los verdaderos amantes de Jesús, donde celebran festivos con sonoras cadencias, sus regocijos es en ameno teatro del padecer. Y así, este día y noche acompaña en la música a los ángeles, tomando por estribillo las alabanzas al Señor, cantando con admiración sus santísimas finezas, haciendo todo el día fervorosos actos de Amor de Dios y repitiendo el siguiente versito:

Ya salí de las prisiones
del pecado horrible y feo
hodie natus est Salvator
Gloria in Altissimus, Deo.

Conclusión

En esto se ha de ocupar tu Espíritu, de tu cuerpo has de formar una canora vihuela, la materia es tu quebradizo barro y para que suene bien ha de estar vacío ayunando no a pan y agua, sino como de costumbre, pero de manera que no has de tomar ni este día ni los siguientes de Pascua ninguna fruta o guisado de los que en este tiempo se previenen. Ponle a la referida vihuela unas pulidas clavijas, trayendo una corona de espinas algo apretada por un cuarto de hora. Forma primorosas cuerdas de los ramales de tu disciplina; fabrica los bien dispuestos trastes de las mortificaciones

en brazos y muslos. Templarás este racional instrumento poniendo el oído al Salmo del Miserere, el cual rezarás cuatro veces en cruz. Prevé los misteriosos versos del Rosario rezándolo enteramente una vez, toca punto por punto al medio día y a la noche La Magnífica y Tedeum Laudamus. El sueño no ha de pasar de tres horas, gastando los restantes en continua meditación, ya subiendo a acompañar a los Ángeles en sus dulces trinos, ya entrando al portal con rendimiento y con amores a agasajar al Santísimo Niño, y ya considerando las finezas raras que hace por nuestro amor y las malas correspondencias de los hombres, pues siendo esta noche tan para la divina contemplación, parece que es cuando más se extreman en destemplan los instrumentos de sus cuerpos con los abominables vicios. Lora esta miseria, pide para todos el perdón, no te olvides de mi pecador, y sólo te encomiendo que procures amar mucho a Jesús y le pidas nos conceda la Gloria de padecer por su amor, hasta que le vayan amar perfectamente a la bienaventuranza, por toda la eternidad. Amén.

Conclusiones

Mientras que para sus hijas espirituales era un santo, con gran espíritu profético, adivinando el futuro y penetrando en el pensamiento de los demás; para los jueces calificadores era un alumbrado, endemoniado, molinista y hereje contra la fe.

El examen que él hace sobre sí mismo, ante lo que pudiera esperarse, es de una extremada claridad, tanto las descripciones de las sensaciones y alteraciones físicas, como la del esquema alucinatorio, poblado de imágenes condicionadas por la ideología imperante, con la que él se encontraba plenamente identificado. Muy difícil es creer que hubiera manipulado toda esta información para encubrir un delito de iluminismo. Se trata, pienso, de un insensato que padecía lo que en esta época se reconocía como manía,³⁴ con un cuadro alucinatorio místico.

La megalomanía es evidente, se descubre como santo, "milagrero" y adivino; se equipara en su situación a Jesucristo, que cuando entró en "Jerusalén era todo bendiciones y al cuarto día lo

³⁴ Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, FCE, México, 1967. Véase su capítulo "Formas de locura": 92-136, en donde analiza la manía y la melancolía, y la histeria e hipocondría.

En la p. 97 habla de que en los delirios que se presentan en la manía se producen "en la superficie del cuerpo movimientos violentos y gritos".

tildaron de loco, endemoniado y fingidor” como a él.³⁵ Acepta su condición de ser perfecto pues se comunica con Dios y tiene revelaciones, fundamentando su capacidad en el hecho de que Dios le concedía cualquier cosa que él le solicitara. En algún momento llegó a considerarse aún más santo que San Francisco.

Dios le otorgó, como a pocos humanos, vencer a los tres enemigos del alma, especialmente el de la carne, logrando sujetar las pasiones, sin tener el peligro de caer en el pecado de lujuria, pues su cuerpo era como un tronco.

Algunas veces se presentía como poseso del Demonio o endemoniado, en otras, afirmaba que con la ayuda de Dios lo había vencido y lo tenía sometido a su servicio.

Experimentaba una gran desconfianza de todos los que lo rodeaban, consideraba que lo buscaba para hacerle mal, por envidia del estado de perfección que había alcanzado.

Se puede percibir la gran inestabilidad para establecer relación con sus confesores. Fray Francisco de la Concepción Barbosa renuncia al cargo a pesar de haber sido nombrado por el vicario. Pide entonces al padre Chavarría que sea su director, relación que se rompe tiempo después porque no acudió a verlo durante una de sus crisis; las circunstancias lo aproximan al doctor Luna, pero por diferencias, decide buscar nuevamente al padre Chavarría que se niega a aceptarlo. Desesperado localiza a fray Francisco de la Concepción, al que le escribe la carta confesión que sirve para delatarlo.

Estos confesores tienen miedo y lo manifiestan, uno de ellos declara que se negaba a confesarlo por temor a ser engañado. Otros, asustados por sus alucinaciones y lo extraño de su comportamiento se retiran. Es explicable que tratan de verlo únicamente como un alumbrado o endemoniado, “por no tomar riesgos” como lo dijo el mismo fray Claudio.

Como novicio de la Orden de San Hipólito, cuando empieza a presentar las crisis, bien fuera la elevación, o el caminar de rodillas con gran rapidez, o el blasfemar y hacer grandes ruidos dentro de la iglesia, o cuando escribiendo un sermón dando un gran salto se esconde bajo una silla, causa admiración, temor y descontrol entre sus hermanos frailes. Este temor se manifestó y algunos se opusieron a que se ordenara, tomando como cierto que estaba endemoniado, pues daba grandes saltos, rasgo muy particular que lo delataba.

³⁵ A. G. N., *Ramo de Inquisición*, t. 867, f. 5 y 17.

Su comportamiento alteraba el orden del convento y sin duda tuvo dificultades personales con sus hermanos. Así un viejo religioso que lo consideraba, como todos los demás, un alumbrado vanidoso, y que debió conocer ampliamente sus escritos, manifestó su reprobación señalándolo de reformador de la Orden a la que ambos pertenecían.

Dentro de las cárceles secretas y en 10 años, se tomaron todas las precauciones necesarias en los interrogatorios para saber si era o no insensato, pues práctica común era el fingirse loco para esconder el delito,³⁶ para aclarar la duda, estaba autorizado en estos casos el tormento. Aparentemente el proceso se desarrolló siempre con la aceptación, por parte de las autoridades, de que se trataba de un alumbrado, pues las cuidadosas audiencias que forman los cuatro amplios expedientes lo prueban.

Después de conocer su confesión, de analizar sus alucinaciones y la descripción de las alteraciones físicas que sufría, es difícil creer que no se le aceptara como enfermo. Era un hecho. El calificarlo de endemoniado fue una salida justificativa, tanto para sus hermanos, como para sus superiores y aun para las autoridades del Santo Oficio. Pero en casos como éste fue difícil delimitar el umbral con la locura. En 1748 el señor inquisidor en una audiencia comenta, que el lego no respondía a los cargos pretendiendo lo creyeran insensato.³⁷

Al final de su vida, preso y maltratado se cierra a la comunicación. En las primeras audiencias niega los cargos, en los últimos años después, no habla, permanece hermético. Es impresionante el deterioro que se percibe a través de la firma, en un principio escribe todo su nombre con letra firme fray Agustín Claudio de Santa Teresa de Jesús, en las últimas, inseguras, aparece a veces fray Claudio, otras fray Agustín y otras más fray Teresa.

Así fue consumiéndose, se le encontró muerto en su celda, encogido y recostado del lado derecho, el 27 de abril de 1749 a los 40 años de edad. Fue enterrado en la iglesia de Santo Domingo, en secreto.³⁸

³⁶ Nicolao Eymerico, *Manual de Inquisidores*, cap. III:17.

³⁷ A. G. N., *Ramo de Inquisición*, t. 867, f. 720.

³⁸ *Ibidem.*, f. 745.

ABSTRACT

In colonial Mexico the "illuminated" or false mystics were punished by the Holy of the Inquisition. Under this fault different files are found of people whose opinions and acts were against the established norms, some were put into jail by real followers of the "iluminismus", but some others because of political reasons or because they were thought of as mental insanes.

Analising the case of Fray Agustin Claudio it was pretended to establish the cultural characteristics which make him different and wich placed him out of the behavioral norms socially accepted. He also permitted an aproach to the life in convents and the love relations and mystics between the tutors and the nuns, all this under the point of view of colonial sexuality.

Noemí Quezada

REFERENCIAS

- BASTIDE, Roger
1947 *Eléments de Sociologie Religieuse*, Libraire Armand Colin, Paris, 204 pp.
- BATAILLE, Georges
1957 *L'Erotisme*, Unión Générale d'Éditions, 310 pp.
- BENÍTEZ, Fernando
1985 *Los demonios en el convento, Sexo y religión en la Nueva España*, Ediciones Era, México, 277 pp.
- CARO BAROJA, Julio
1968 *El Señor Inquisidor y otras vidas por oficio*, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 248 pp.
- EYMERICO, Nicolao
1821 *Manual de Inquisidores para uso de las Inquisiciones de España y Portugal o Compendio de la obra titulada Directorio de Inquisidores*, Imprenta de Félix Aviñón, Mompeller, 154 pp.
- FOUCAULT, Michel
1976 *Histoire de la sexualité. La volonté de savoir*, Editions Gallimard, Paris, 213 pp.

- 1967 *Historia de la locura en la época clásica*, Fondo de Cultura Económica, México, 277 pp.
- 1980 *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo Veintiuno Editores, México, 314 pp.
- GODELIER, Maurice
- 1974 *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Siglo Veintiuno Editores, México, 391 pp.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo
- 1958 *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*, El Colegio de México, 189 pp.
- ORTEGA, Sergio (ed.)
- 1986 *De la santidad a la perversión o de porqué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, Editorial Grijalbo, México, 290 pp.
- QUEZADA, Noemí
- 1972 "Alumbrados del Siglo XVII. Análisis de casos", en *Religión en Mesoamérica. XII Mesa Redonda de Antropología*, Sociedad Mexicana de Antropología, México: 581-586.
- 1974 "Oraciones mágicas en la Colonia", en *Anales de Antropología*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México:141-167.
- TURBERVILLE, A. S.
- 1971 *La Inquisición española*, Fondo de Cultura Económica, México, 153 pp.